

NECROLOGIAS

José María de Oriol

Por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ALFONSO GARCÍA VALDECASAS (*)

Debo excusarme ante todo, y es una excusa que me va a tener que acompañar casi siempre, de mi falta de fuerzas y de algo mucho peor, de mi falta de memoria. He sido persona de memoria felicísima, de tener presentes hechos, fechas, y todo esto ha entrado en una zona de niebla, que me es muy difícil de constituir. De todos modos, las personas de importancia, las almas que se hacen presentes por su grandeza, por mucho que sea el propio olvido, siempre dejan una huella que le permite a uno reconstituir simplemente la impresión que en mí habían dejado. El estudio de la personalidad de José María de Oriol llevará mucho tiempo, mucha investigación y mucha documentación, que yo creo que afortunadamente existe.

Mientras tanto, debo empezar con felicitar a mis dos compañeros, al Conde de Motrico y a Juan Velarde, de las dos excelentes exposiciones que han hecho. La primera más de historia, por así decirlo, a lo largo de la vida de José María de Oriol, y la de Juan Velarde, ya la hemos oído, en ciertos contrastes importantes que han permitido destacar, con una gran luz, la grandeza de alma de José María de Oriol.

Sí, José María de Oriol fue un hombre tradicionalista, de formación tradicionalista y enormemente amante de su tierra, ciertamente un amor que se integraba en el amor de España. Los antecedentes carlistas, la influencia de la fe religiosa, todo esto se articulaba en su personalidad de una manera que yo diría muy singular, y que a mí me ha llamado más de una vez la atención. En general, debo decir que los vascos son quizá el pueblo español que ha destacado en el afán, con ese inmenso tradicionalismo y fuerismo, de hacerse cargo de los problemas de la civilización actual, del reto, por así decirlo, de la transformación industrial y del proceso de las grandes creaciones urbanas. Hacerse cargo con una resolución y una clarividencia que a mí me parece bastante ejemplar, en el ámbito de nuestra historia contemporánea.

(*) Sesión del día 26 de noviembre de 1986.

El espíritu de aceptar la industrialización y esta transformación, con un perfecto encaje y adecuación, con su espíritu tradicional, con su sentimiento religioso y con su respeto al pasado, esto es algo que realizó de una manera admirable José María de Oriol. No hubo nunca para él enemigo y problema, pero no sólo esto, es que esta misma seguridad le dio una posibilidad de diálogo absolutamente excepcional. José María de Oriol era un tradicionalista inquebrantable, pero dialogó con todo el mundo. Si se rompía el diálogo y había que aceptar la guerra, aceptaba y ciertamente con toda resolución y con todo valor. Pero no era su planteamiento. Este era realizar, unir, crear, y esto es lo que actuó en el campo admirable del desarrollo industrial y que se localiza, como nos han explicado muy bien nuestros dos compañeros anteriores, en el desarrollo de la energía eléctrica. Esa energía limpia, luminosa y pura que le oí decir alguna vez. Pero es que, en efecto, esta energía hidroeléctrica, si era tan importante desde el punto de vista de la potencia y del desarrollo de nuestra sociedad, lo era también desde el punto de vista de la autosuficiencia, de la independencia. Por que, en algún modo, el carbón inglés ha sido para el País Vasco uno de los grandes enemigos de la solidaridad española, porque era mucho mejor negociar con el carbón inglés y las minas de hierro que lo que suponía la extracción costosa, el transporte, al fin y al cabo, recargado. ¡Qué más daba transportar desde Asturias, era tan caro como unos barcos que venían en lastre, que producían enormemente un carbón mejor y más barato. En fin, la historia es conocida, pero ése ha sido uno de los grandes factores económicos que han favorecido, y que yo me atrevo a decir que algunos nacionalistas vascos miopes por eso es por lo que se han dejado llevar, ese sentido separatista.

Pues bien, frente a eso la visión hidroeléctrica de José María de Oriol es la visión de la unidad española. ¡Ca, aquí está la energía, aquí la vais a recibir, y en cierto modo la vais a recibir de la Meseta Central, del sistema montañoso, de lo que se produce y tiene su origen y su fuerza más lejos de vosotros y, sin embargo, la vais a tener aquí, porque vais a estar en la unidad de nuestro desarrollo!

Del mismo modo se puede decir que ocurrió con el segundo proyecto, el proyecto de la energía nuclear. Porque, en efecto, quién duda que una de las tragedias mundiales ha sido el desarrollo fulminante de la industria del petróleo, la contaminación abyecta que está poniendo en peligro tantos valores vitales del planeta, y todo esto encima mediatizando y aniquilando las industrias de muchos países y de sus economías, porque se les ha impuesto, entre el crédito exterior y el sistema de los transportes de petróleos, una forma de economía absolutamente ajena a un sano desarrollo de los países.

En fin; la proyección de José María de Oriol en estos dos terrenos muestra su clarividencia genial, su voluntad y su resolución. Y todo esto, digo, también con un espíritu absolutamente de entendimiento y colaboración.

Se nos ha recordado, en efecto, la visita que hizo con los tradicionalistas al

Conde de Barcelona. Yo estaba en aquellos tiempos muy en colaboración con él, y, naturalmente, se trataba cómo era posible que el tradicionalismo se convirtiera en algo separado y nostálgico y desconectado de la unidad nacional. No, al contrario, lo que habría era que incorporar esos valores tradicionales, abiertos, con visión de futuro, como eran en él, a la solución monárquica que se preconizaba.

Y es cierto que cuando el General Franco le propuso la cartera de Industria dijo: «Yo eso tendré que decidirlo y pedir permiso». Y esto porque él pensaba que no podría llegar a ser ministro sino ante una seguridad de que la evolución de la política de Franco iba a conducir a la Monarquía. Naturalmente, falló el nombramiento porque por desgracia, y no es la única vez que ocurre, la perseverancia personal en el poder, el aferrarse a algo que por su propio sentido está condenado a terminar, ha sido uno de los grandes pecados de muchos políticos, y ciertamente no dejó de serlo en la historia reciente española.

